

acordada con intensa dulzura», pág. 37); «huerto mínimo», «mojado por estrellas distantes. / Siderales estrellas, luceros de Castilla» (pág. 37). El huerto de Fray Luis de León, de todos los soñadores y buscadores, de quienes llevan en su corazón el anhelo de otra vida más alta.

Jardín como símbolo de la vida interior, de la vida del espíritu, pero también de todo el misterio cósmico en el que nos hallamos inmersos, con el que, si sabemos estar, vivimos en concordancia, latimos al unísono. Misterio cósmico cada vez más intensamente expresado en la poesía de Antonio Colinas, mediante elementos simbólicos de gran riqueza significativa, como son la luz, la noche, el fuego, el aire, la música, los silencios, el vacío...

Pero el acceso al jardín, al centro del bosque, al huerto mínimo (naturaleza plena y reveladora y, a la vez, a nuestro alcance); la capacidad de abrir la agría verja, de impedir que se nos cieguen los caminos que a él conducen (como ocurre en el poema «El camino cegado por el bosque», en ASTR), depende de nuestro saber estar, de nuestra capacidad de latir en concordancia con el universo, de crear a nuestro alrededor cosmos y no caos, de ser armonía, ya que ésta se halla en nosotros mismos, brota en nosotros y recorre un trayecto que va de dentro afuera, del interior al exterior; de ahí que el poeta, en «Misterium fascinans» (STAR) nos exprese, al hablar de la armonía:

*para escrutar la vida hay que fundarla  
y que fundamentarla  
en un Orbe (pág. 64).*

Es decir, en un cosmos, en la armonía; verdadera llave de acceso al jardín, cerrado para muchos, para pocos abierto (como Pedro Soto de Rojas dejara dicho).

## Entre bosques de símbolos

Recorren y atraviesan la poesía de Antonio Colinas diversos símbolos que, con sus correspondencias y significaciones, partiendo del misterio, configuran constelaciones secretas, al servicio del lirismo y de la emoción; verdaderas mallas de significado, de ritmo, de música..., no explícitas; verdaderos ejes que, de modo secreto y sin que nos demos cuenta, vertebran esta poesía y comunican, en ella, unos libros con otros.

Así, basta que vayamos leyendo, para captar la recurrencia de elementos como la piedra, la noche, la música, el aire, la luz, la sombra, el fuego, el agua, el silencio, el vacío, las ruinas, el corazón, el sueño, las palomas, los

caballos, el bosque, el huerto, los zarzales, la sangre, la carne, el invierno, la historia..., por no citar sino algunos de los que a la memoria nos acuden. Elementos simbólicos que, a través de toda la obra poética de Antonio Colinas, van desplegando y multiplicando las significaciones, hasta formar un entramado que espera, para ser desvelado, la tarea del lector. Elementos simbólicos que acentúan en esta obra lírica el arte de la sugerencia, de las significaciones indirectas, tan caracterizador de la poesía contemporánea, a la vez que potencian esta obra como poesía del conocimiento.

No podemos enumerar ni analizar aquí las significaciones que cada uno de los símbolos indicados (y de otros no citados) adquieren en la poesía de Antonio Colinas; algunos, además, ya han sido analizados en otros trabajos. Pero sí queremos conectar y relacionar esta importante presencia de lo simbólico en esta obra con la raíz de la contemporaneidad poética de la que surge.

Desde el movimiento simbolista, que parte de los postulados más radicales del romanticismo, el lenguaje poético ha sido considerado como «evocación», «sugestión» (Baudelaire), o como «hechizo» o «encantamiento» (Mallarmé); de ahí que se considere que ha de evocar o suscitar otras asociaciones, imágenes, sensaciones y distintos significados asociados. Lo cual le hace adquirir rasgos polisémicos y de indeterminación semántica, que son los que podemos atribuir al *símbolo* (frente al mero *signo*, unívoco y monosémico).

Para Baudelaire, la naturaleza y el mundo sensible constituyen un sistema de símbolos que evoca realidades que, de otro modo, quedarían ocultas e inaccesibles. En su poema «Correspondances» (*Les fleurs du mal*, 1857), plantea la noción de correspondencia o analogía universal, y distingue dos tipos de correspondencias: las verticales (la Naturaleza como símbolo de realidades ocultas) y las horizontales (asociaciones sinestésicas sin un significado preciso)<sup>14</sup>.

Pero estas nociones de correspondencias o de analogías universales, aparte de haber sido formuladas por Montaigne, Diderot, Chateaubriand o el místico y teósofo sueco E. Swedemborg, constituyen uno de los pilares del pensamiento romántico alemán; así, Germaine de Staël sigue a Schelling cuando escribe: «Las analogías entre los diferentes elementos que componen la Naturaleza... sirven para comprobar la ley suprema de la creación, la variedad en la unidad, y la unidad en la variedad. ¿Hay acaso algo más sorprendente que la relación entre los sonidos y las formas, los sonidos y los colores?»<sup>15</sup> Los románticos trataron ya este tema de las correspondencias y analogías universales, y de ellos les llega al simbolismo.

Y éstos son los mecanismos —analógicos, polisémicos, de indeterminación semántica— mediante los que significan los símbolos en la poesía de

<sup>14</sup> Ver: Lluís M<sup>a</sup> Todó. El Simbolismo. El nacimiento de la poesía moderna. Montesinos Editor. Barcelona, 1987, págs. 17-18 y 33-37. Ver también el capítulo que dedica al simbolismo Edmund Wilson. El castillo de Axel, Trad. de Luis Maristany, Ediciones Versal, Barcelona, 1989, págs. 11-28.

<sup>15</sup> Citado en: Charles Baudelaire, Las flores del mal, Ed. bilingüe de Alain Verjat y Luis Martínez de Merlo, Ed. Cátedra. Letras Universales n<sup>o</sup> 149, Madrid, 1991, pág. 95.

Antonio Colinas; y ésta es la conexión que tienen con una de las raíces de las que arranca la contemporaneidad poética.

Variadas son las significaciones simbólicas de *la piedra* en esta poesía (asociada con la eternidad, la intemporalidad, lo sagrado, el misterio, la historia, la firmeza, el odio y el amor, la divinidad...), que los lectores del autor ya conocen.

No se ha llamado, sin embargo la atención —creemos— de una significación, de filiación rilkeana, de este símbolo, ya en el arranque de la poesía de Antonio Colinas: la de encerrar y albergar en su seno el latido y la tarea del hombre, que, de este modo, se ha transformado en ella y que en ella perdura. Así, el autor expresa lo siguiente, en «En San Isidoro beso la piedra de los siglos», de *Poemas de la tierra y la sangre*:

*Enrarecido aroma, aire que respiramos  
como algo nuestro, sangre de nuestras propias venas  
perdura en estas piedras que el hombre socavó  
a golpe de cincel, de corazón transido (pág. 12).*

El corazón del hombre, la labor del hombre, perdura en el corazón de la piedra. Rilke, en el «Réquiem para un poeta» (1908), dice sobre los autores líricos:

*Como enfermos,  
convierten en lamento su lenguaje,  
para decir dónde les duele, en vez  
de transformarse, duros, en palabras,  
como el cantero de una catedral  
se transforma en la calma de la piedra<sup>16</sup>.*

De *la noche* y de los significados que adquiere en la poesía de Antonio Colinas (impenetrable, inmensa, enorme, insondable, ignota, misteriosa, sublime...), no vamos a tratar ahora. Bástenos citar, como muestra, para una aproximación al símbolo, el poema «Novalis» (STAR), en el que el poema asume la condición de un personaje (el poeta romántico alemán, en este caso), para realizar una invocación, emocionante y bellísima, a la Noche, mediante una rítmica y una dicción musical y ebria, en la que el silencio, la temporalidad, el sueño y el llanto nos hablan, en realidad, del misterio cósmico.

*La música* purifica y genera la armonía del ser y del mundo, según conocían ya las tradiciones órfica y pitagórica. Para Antonio Colinas, «la música revela / la inmensidad del orbe, la dimensión del ser» (NMAN, pág. 10), o lo que es lo mismo, lo exterior y la interioridad, que han de ponerse en concordancia, que han de latir al unísono.

<sup>16</sup> Rainer Maria Rilke, *Obras, Traducción de José María Valverde, Plaza & Janés Ed., Barcelona, 1967, pág. 747.*

Y, en este momento, conviene no pasar por alto la filiación de la poesía de Antonio Colinas con respecto a la de Fray Luis de León; en ambas, la presencia de la noche y la música o el anhelo de fundirse con el cosmos, con lo celeste, son rasgos muy significativos, lo mismo que la huella del pitagorismo o de la filosofía platónica.

Tampoco queremos dejar de esbozar unas notas sobre *los caballos*, que aparecen de continuo en la poesía de Antonio Colinas, como animales emblemáticos. Acaso quiera expresar el poeta, a través de los mismos, lo inocente, lo puro, lo que marcha (dinamismo) al compás con el cosmos, en ese río de sombra de la vida, en ese fluir hacia el misterio en que nos encontramos; se trataría, así, de un símbolo de la vida y de la pureza cósmica. En el poema «Caballos y molinos en el pinar» (II), de *Astrolabio*, en una alocución a Clara, podemos hallar algunas claves sobre las significaciones del símbolo:

*Ves salir del pinar los caballos nerviosos  
y en ellos ves el mundo primitivo, impensado:  
la madera, la carne, el agua y las piedras,  
tal como son: materia y signo del Gran Todo* (pág. 52).

*El invierno* se constituye también en elemento simbólico para el poeta; como tiempo de la latencia, de la muerte, de la espera, pero también de la pureza. En *Astrolabio*, se asocia con los «sueños enterrados» (pág. 53), que presuponen, como todo lo que yace en lo oscuro, una posterior germinación.

## La música del aire

A partir, sobre todo, de *Astrolabio*, ganan cuerpo en la poesía de Antonio Colinas unos símbolos que podríamos calificar como cósmicos, algunos de los cuales aparecen ya, en las diversas corrientes de la filosofía presocrática, como primer principio de las cosas, como elementos universales constituyentes del cosmos; se trata, además, de símbolos que no son ajenos a las distintas corrientes de las místicas semíticas (cristiana, islámica y judaica). El aire, la luz, el fuego, el agua, el silencio, la música, el vacío... son símbolos que se entrecruzan y entretajan de continuo en la poesía más madura y reflexiva de Antonio Colinas, y que nos hablan a la vez de una tendencia de la misma hacia la esencialidad, que supone una ascesis de la palabra, un saber callar a tiempo, y hacia una poesía cada vez más metafísica.

Vamos a detenernos siquiera en un motivo importante de esta poesía, en el que se implican varios símbolos de los indicados. En *Astrolabio*, en un poema perteneciente a la sección mediterránea «Libro de las noches